

La semana pasada comentábamos que en la Unión Soviética está en acto una nueva "revolución" que Gorbachov ha bautizado en su reciente libro con el nombre de Perestroika. Un intento, al parecer sincero, para cambiar las viejas estructuras de una experiencia socialista que ya ha agotado su primera fase, caracterizada por un modelo económico extensivo en el cual se daba más importancia a la cantidad que a la calidad, y por el verticalismo gerencial que anulaba la creatividad del hombre y anunciaba las verdades desde las alturas del poder dejando para otros el humilde deber de escuchar. Sin embargo, esta nueva "revolución" no significa que el pueblo soviético esté abandonando el socialismo o algunos de sus fundamentos. Todo lo contrario. Afirma Gorbachov que "la perestroika está estrechamente conectada con el socialismo como sistema" y lo que se busca es precisamente "más socialismo y, por lo tanto, más democracia". Y más democracia significará "más apertura en los asuntos públicos en cada esfera de la vida", informar más y mejor al pueblo sobre los asuntos del estado, decirle la verdad en la buena y en la mala. Según los teóricos de la nueva "revolución", la primera fase del proceso democratizador es la glasnost.

Glasnost es una palabra difícil de traducir. Para

OPINION

LA GLASNOST

por Michele Castelli

algunos es sinónimo de "verdad". Para otros de "transparencia informativa". Para el historiador Kiva Maidanik, decir al pueblo la verdad significa "decir basta a los semiengños". Significa terminar con los tabúes. Y en su opinión esto ya es una realidad en la Unión Soviética de los últimos años. Ya la prensa no esconde más nada. Ha informado sobre "el aumento de la mortalidad infantil y los privilegios, la prostitución y las drogas, las catástrofes naturales y accidentes, la mentalidad real y no inventada de la juventud, los crímenes de los años 30, los estallidos nacionales actuales, y los actos de arbitrariedad de los poderes locales".

Sin embargo, la glasnost no es solamente "transparencia informativa", sino también libertad de crítica: "Se escribe acerca de errores y abusos aún

de los ministerios más protegidos, de los dirigentes del Partido de las Repúblicas. Se publican artículos que luego se discuten durante semanas en cada hogar de la Unión Soviética. Se desnudan las llagas más vergonzosas...". Etc. Y todo ello sin que se haya producido ningún trauma en el ciudadano soviético. Una demostración inequívoca de que el proceso ha madurado y de que el pueblo ha asimilado la lección de la historia. Es más, la glasnost "no es ni un regalo, ni una situación de excepción, sino una norma para hoy y para siempre".

Este proceso democratizador en la Unión Soviética constituye un alivio para toda la humanidad. Para los pueblos desarrollados que ven en la apertura un medio para intensificar sus relaciones con un gran país que tiene mucho que aprender, pero que también tiene muchísimo que enseñar; y para los pueblos en vía de desarrollo que de ahora en adelante podrán mirar hacia el gigante con ojos desprejuiciados, convencidos de que la ayuda que reciban no tendrá la contrapartida interesada, sino que será el resultado de la solidaridad socialista cuya meta es, para decirlo una vez más con las palabras de Gorbachov, "el enriquecimiento mutuo y la confluencia de las distintas tradiciones culturales".